

## MODERNIZACION Y CONOCIMIENTO DE LA IDENTIDAD CULTURAL

*Ana Lucía Cartín S., Cecilia Dobles T  
Rolando Quesada S. y Zaire Regueyra E.\**

En esta cotidianeidad, donde se combinan pasado y presente, las personas buscan reconocerse como parte de un grupo. Y a su vez explicarse qué es lo que sucede en estos momentos de cambios vertiginosos.

En este mundo donde lo tradicional y lo moderno conviven en mayor o menor medida en las actividades diarias de cualquier persona, podemos afirmar que estos elementos son parte de una misma realidad que conforma la cotidianeidad de nuestros pueblos. Así, es posible encontrar conviviendo prácticas culturales que se originaron tiempo atrás, con otras que recientemente se incorporan a la vida de los pobladores de una comunidad determinada.

En este artículo intentamos buscar una explicación dinámica y práctica de la modernización, a partir de los referentes que la misma realidad expone y que nos permita aprehender el proceso de reconstrucción de la identidad cultural desde una perspectiva dialéctica.

Para muchas personas lo tradicional se presenta como una idealización del pasado; es decir, para ellas conservar lo tradicional es una forma de conservar la historia. Sin embargo, el aislar situaciones consideradas tradicionales es descontextualizarlas.

"El problema no se reduce, entonces, a conservar y rescatar tradiciones supuestamente inalteradas. Se trata de preguntarnos cómo interactúan con las fuerzas de la modernidad". (N. García C.; 1989: 203)

La constante creación de tradición es la construcción de presente mismo; esto es lo que nosotros denominaremos proceso de modernización.

Por lo tanto, la tradición no es solo la asimilación del cambio, sino que en éste hay una constante transformación del sentido que las personas dan a los elementos que conforman su cultura y a las relaciones sociales. No está de más recalcar que la incorporación de estos elementos se lleva a cabo en el plano de la vida cotidiana.

---

\* Los nombres de los autores aparecen por orden alfabético. En el mismo orden, funcionarios de Parques Nacionales, de la Fundación Arias, del Centro de Evaluación Académica de la Universidad de Costa Rica y del Centro de capacitación para el desarrollo.

Estos elementos culturales al ser asumidos en la cotidianeidad, se convierten en tradicionales y se vuelven susceptibles de nuevos cambios. De llegar a paralizarse este proceso nos quedaríamos en la tradición por la tradición, convirtiéndonos en grupos homogéneos, cosa que no es posible; pues como la realidad nos lo está demostrando a finales del siglo veinte los pueblos del mundo, en vez de asemejarse, acentúan más sus diferencias y autonomías, aún cuando la dinámica mundial pretenda esa homogeneización mediante los medios de comunicación, haciendo que las diferentes culturas se acerquen y convivan.

Algunos usan la tradición en términos de folclor, y otros para clasificar pueblos y situaciones sin que el tiempo pase por ellos, con el fin de relegarlos en el presente. Esta última concepción justifica muchas de las discriminaciones y agresiones porque, en procura de salvar esos pueblos que según ellos se han quedado aletargados, los intervienen política, económica y culturalmente. Sin embargo, los pueblos siguen avanzando en su proceso de creación de tradición, unos más rápido que otros, dependiendo de las condiciones en las que se encuentren inmersos.

Sin embargo, los grupos sociales se valen de su pasado para justificar o explicar acciones en el presente; esto se da para algunos en el proceso de apropiación de todo o parte de lo nuevo, o en las reacciones de resistencia, de rechazo y nunca aceptación de esos elementos. Por otro lado hay un grupo que dotará de un sentido particular aquello, valiéndose quizá de los mismos recursos culturales que otros, pero llegando a convertirlos en parte de su tradición:

"La tradición ha sido comúnmente considerada como un segmento histórico relativamente inerte de una estructura social: la tradición como supervivencia del pasado. Sin embargo esta versión de la tradición es débil, en el punto preciso en que es fuerte el sentido incorporado a la tradición: donde es visto, en realidad, como una fuerza activamente configurativa, ya que en la práctica la tradición es la expresión más evidente de las presiones y límites dominantes y hegemónicos. Siempre es algo más que un segmento histórico inerte; es en realidad, el medio de incorporación práctico más poderoso." (R. Wilhanis;1980: 137)

Ahora bien, la conceptualización actual de la modernización tiene un carácter negativo, pues se parte de que es capaz de destruir todo aquello que es tradicional. Esta noción pone en claro que sus preceptos filosóficos parten de las posiciones originadas en el período de la Ilustración, y se manifiestan en distintos momentos o hitos de la historia:

La esencia de la modernidad parece residir en la ruptura de un mundo simbólico donde las esferas de la ciencia y la moral, del arte y de la política, constituían un todo coherente y posibilitaban una concepción global del mundo" (Rubert de Ventos; 1989: 145)

En América Latina, por ejemplo, las interpretaciones sobre la modernización han adquirido distintos matices en diferentes momentos de la historia.

El debate actual de los principales estudiosos del tema, se centra por un lado en defender y describir el estado final de modernidad como tipo de sociedad resultante del proceso de modernización, mientras otros ponen el acento en la tradición como punto de partida de la modernización. Ambas posiciones hacen hincapié en la oposición entre lo tradicional y lo moderno.

Ahora, ¿qué tienen en común estas posiciones? Si bien es cierto que muchos autores tienen la idea de que los procesos de modernización se expresan en distintos momentos de la historia, no discuten el hecho de que el concepto de modernización se inicia y se construye en las bases del Iluminismo como señaláramos anteriormente. Este concepto propuesto por los seguidores de las corrientes iluministas, parten de que existe una oposición entre lo que es tradicional y lo que es moderno. Esta concepción es hasta cierto punto reduccionista, en el sentido de que limita el análisis al paso o evolución de un estado a otro, es decir a la transición de lo tradicional a lo moderno.

Nos interesa resaltar aquí, dos orientaciones que toma el concepto de modernización, a la luz de lo que ocurre en la vida cotidiana de nuestras comunidades. Primero, la modernización se convierte en el proyecto que manejan las personas en su cotidianeidad y hacia el cual dirigen sus actividades. Este proyecto es construido en el plano simbólico y su naturaleza rebasa lo puramente material; representa las aspiraciones individuales que confluyen en un mismo proyecto en el espacio de la comunidad.

Segundo, la modernización se expresa en aquellos otros proyectos que vienen de fuera y que son ajenos a la diaria convivencia, pero que, sin embargo, aportan o modifican la cotidianeidad, en la medida que son asumidos por las personas al incorporarlos en sus actividades diarias. Así, esos elementos nuevos se convierten en parte de su vivencia cotidiana, es decir, pasan a formar parte de las actividades tradicionales de la comunidad.

Por todo lo anteriormente expuesto, nuestro interés en este artículo se centra en proponer un concepto nuevo de modernización, que no lleve implícito

la destrucción de lo tradicional, sino por el contrario la participación, permanencia y reformulación constantes de la tradición.

Al respecto Luis Britto, antropólogo venezolano, nos dice que las personas no reciben el discurso de la modernidad pasivamente, sino que responden a él por medio del discurso contracultural en el que los seres humanos son al mismo tiempo emisores y receptores del mensaje. Este mensaje no es imperativo ni separa a las personas de él, sino que convoca a la solidaridad, pero a una solidaridad individual y anárquica, pues su objetivo es responder a partir de la propia realidad y con los recursos con que cuentan las personas para participar en el proceso de modernización.

El discurso contracultural se opone a todos los elementos de la modernidad: la lógica unilateral, la estratificación social, el autoritarismo, la restricción sexual, la despersonalización y la agresividad; por lo que se constituye en una crítica a la modernidad en América Latina. (L. Britto; 1990: ;40,46)

Nos interesa resaltar el papel que L. Britto otorga a los actores sociales, pues reconoce su capacidad de responder ante un proceso que atropella y transforma lo tradicional.

Es cierto que nuestros pueblos responden a ese proceso, pero no necesariamente creando una anarquía. Las personas son capaces de dar respuestas a partir de su experiencia de vida, la que al mismo tiempo les da los elementos necesarios para participar como agentes de cambio en los modelos modernizadores.

Carlota Solé reafirma esa posición y nos dice:

"...Es importante recordar que aunque en una sociedad se puedan introducir desde el exterior innovaciones científicas y tecnológicas, estas innovaciones no se traducirán en 'modernización' a menos de que sean internalizadas y aplicadas por parte de la población "modernizadora"..." (1976: 213)

Visto así el proceso de modernización más que llevar a una tendencia homogenizadora, lleva a generar respuestas cada vez más disímiles a la situación tan cambiante que viven los pueblos latinoamericanos.

Esta construcción y reconstrucción de sentido que estimula la modernización se da en una constante pugna entre los distintos sectores de una sociedad, por hacer valer en esa relación de hegemonía y contrahegemonía, de modernización y tradición, sus manifestaciones culturales. Por tanto el proceso

de modernización lleva implícitas relaciones de poder, que se dan tanto en el plano individual, comunal como nacional.

El concepto de creación de tradición no es pensar entonces, que las personas deben aceptar simplemente los cambios que les impone la sociedad, todo lo contrario, Sabemos que los pueblos tienen la capacidad de responder ante aquello que todos llaman modernización. Para nosotros el término "moderno" lo asemejamos con los nuevos modelos de desarrollo. Pero para que las personas puedan responder ante estos modelos, tienen que conocer y resignificar el valor de aquello que poseen y que les permite dar sentido a sus actividades cotidianas, a su identidad cultural.

Por esta razón, no podemos hablar simplemente de rupturas en lo simbólico en el proceso de modernización, porque estaríamos negando la posibilidad que tienen las personas de construir nuevamente su presente, utilizando recursos del pasado resignificándolos o simplemente partiendo de una idea de progreso y tratando de llegar a su culminación.

Touraine discute los cambios que se dan en las acciones realizadas por ciertos actores sociales; por ejemplo la iglesia, a la que siempre se le ha considerado como tradicional y conservadora y actualmente empieza a utilizar conceptos considerados "modernos". Esto lo podemos ver nosotros diariamente, cuando nos aferramos a actitudes y tradiciones del pasado y a la vez, tratamos de entender y actuar con lo último que impone la moda. Hoy, el cambiante orden de las cosas nos hace vivir distintos momentos con distintas personas y cambiar de una situación a otra con mucha rapidez. Esta percepción de la convivencia entre lo tradicional y lo moderno hace que Touraine se pregunte:

"¿Cómo entender esa doble transformación... que hace imposible mantener la oposición clásica de lo tradicional y lo moderno y nos obliga a considerar como problema central la movilización de lo tradicional como fuerza de producción del futuro?".(op.cit. 94)

Raymond Williams, citado por García Canclini, propone trascender la oposición entre lo tradicional y lo moderno, hablando de lo arcaico, lo residual y lo emergente:

"Lo arcaico es lo que pertenece al pasado y es reconocido como tal por quienes hoy lo reviven, casi siempre 'de un modo deliberadamente especializado'. En cambio, lo residual se formó en el pasado, pero todavía se halla en actividad dentro de los procesos culturales. Lo emergente designa los nuevos significados y valores, nuevas prácticas y relaciones sociales".(N. García; 1989: 184)

Siendo válida la propuesta de R. Williams, sin embargo lo arcaico puede ser resignificado, con lo que su sentido varía y su vigencia permanece. Asimismo, esta estrategia limita el análisis en tanto que el autor no explicita cuál es el proceso mediante el cual estas tres nociones, lo arcaico, lo residual y lo emergente, se expresan en la vida cotidiana. Estas tres nociones conviven en la cotidianeidad creando tradición, con lo cual la posibilidad de que lo arcaico sea resignificado y participe en la creación de tradición es una opción que, según nuestra interpretación, no se expresa en la propuesta del autor. Esto toma sentido si se asume que estos tres elementos coexisten en el proceso de modernización.

Las personas adaptan y aceptan, como parte de su cotidianeidad, todo aquello que hasta el momento ha permanecido ajeno a ellas; para esto incorporan lo nuevo apoyándose en aquellos referentes culturales que forman parte de su cotidianeidad. En ese proceso las personas legitiman los elementos nuevos incorporándolos a su vida cotidiana, de manera que deja de ser un hecho que amenaza con cambiar su ritmo habitual de vida y adquiere el reconocimiento del grupo, pasando a formar parte de las acciones cotidianas de una comunidad y convirtiéndose en elementos que para algunos son referentes de identificación. Lo tradicional no se mantiene estático, sino que se reelabora constantemente al ir incorporando elementos nuevos.

En conclusión, la modernización lejos de ser un proceso que contribuye con la extinción de las culturas autóctonas, más bien permite la reestructuración y reelaboración constantes de los elementos que conforman la cultura adicionando nuevos componentes que la nutren, la renuevan y le dan vida, con lo que la identidad cultural de las comunidades se reafirma y reconstruye constantemente.

## **ELEMENTOS PARA ACERCARSE AL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD**

Muchas son las discusiones que se han dado en torno al concepto de identidad, pero las discusiones básicamente se quedan en la importancia de rescatar la identidad de nuestros pueblos. Sin embargo, en las dos últimas décadas se ha profundizado la discusión de lo que significa la identidad cultural, pues los cambios que ha dado el mundo en ese periodo han puesto de manifiesto que muchos de los conflictos que suceden actualmente, se explican en función de las relaciones diferenciadas que se dan entre grupos, nacionalidades, etnias y pueblos.

Consideramos pertinente usar en nuestra discusión sobre identidad cultural, el concepto de cultura que propone García Canclini:

"... la producción de fenómenos que contribuyen, mediante la representación o reelaboración simbólica de las estructuras materiales, a comprender, reproducir o transformar el sistema social, es decir todas las prácticas e instituciones dedicadas a la administración, renovación y reestructuración del sentido" (N. García C.; 1982: 32).

El concebir la cultura como esa reconstrucción de sentido, nos da los elementos necesarios para poder partir de un concepto dinámico, donde las personas se convierten en actores, capaces de protagonizar la reconstrucción de su identidad cultural.

Así, la identidad permite distinguir un grupo social de otro, o un individuo de otro; sin embargo las personas tienen una forma particular de apropiarse del mundo material y simbólico. Es en esta constante apropiación que las personas transforman, construyen y por lo tanto reproducen su identidad:

"La identidad se construye en el conflicto permanente con la alteridad de otro -miembro del grupo social o exterior al mismo- y de los otros -el grupo u otros grupos sociales- la afirmación por contra-Ulinción es un mecanismo presente tanto a nivel individual como a nivel social".(García-Ruiz; 1992:246)

Es en las relaciones sociales donde podemos percibir cómo las personas reconstruyen su identidad, la cual les permite reconocerse y permanecer en un grupo, y a su vez, ser partícipes de las prácticas culturales y procesos colectivos que recrean su identidad y que los hace vivir su cotidianidad de determinada manera.

Tenemos el cuidado de no pensar la identidad únicamente como la construcción a partir de oposiciones entre grupos o personas distintas, porque esto reduce el concepto de identidad a aquello que hace que un grupo sea diferente de otro, o una persona distinta de otras, y no profundiza en la construcción de sentido que se da al interior del grupo, y sobre todo, no permite conocer el proceso en el que se da su reconstrucción.

La identidad contextualizada en el proceso de modernización permite percibir cómo las personas constantemente reconstruyen su presente, con los recursos culturales que poseen y que han sido elaborados en distintos tiempos.

En este proceso el actor se identifica y a la vez forma parte de un conjunto social; es decir, las personas en su cotidianidad comparten espacios, realidades, experiencias, vividas de manera individual y colectiva a la vez. El sentido que se

le da a esas vivencias coincide con unos pero eventualmente puede también diferir con otros y provocar conflicto.

"La identidad aborda al mismo tiempo el ámbito de lo público y de lo privado, de lo único y de lo comunitario, de lo personal y de lo social, pero se conforma siempre en relación a otras identidades" (J. Aguado y M. Portal; 1991: 70).

Nosotros agregaríamos a esto que la identidad se conforma no solo en relación con otras identidades, sino también en función de las particularidades históricas vividas en el seno del grupo que comparte esa identidad. De esta manera pensamos que una forma operativa de conceptualizar la identidad es partiendo de que se reconstruye en una relación dialéctica y que se da en dos dimensiones: una a lo interno del individuo o del grupo y que se relaciona con las vivencias particulares; y otra que se da en relación con los referentes externos al grupo o a la persona. Es decir, los referentes externos son todos los elementos que irrumpen en la cotidianidad, desde fuera del grupo y algunas personas recurren a ellos y los adaptan, dándoles un sentido particular; otras los rechazan; y en otros calan sin oposición.

Coincidimos con Maritza Montero, quien llama la atención sobre las precauciones que se deben tener acerca de la forma como las personas se identifican a partir de elementos internos, lo que los puede llevar a un etnocentrismo, o a partir de elementos externos, lo cual los llevaría a un altercentrismo:

"La identidad social estaría colocada entre la exaltación totalitaria del nosotros y la sumisión abyecta a los otros". (1987: 168)

En esta relación de elementos externos e internos que conforman las identidades, hay que rescatar que la conceptualización desigual de uno u otro, lleva a dar valoraciones positivas o negativas a las identidades de los grupos y las personas. Así por ejemplo, en comunidades de ascendencia indígena como Tobosi del Guarco<sup>1</sup>, es posible escuchar cómo las personas se valoran a sí mismas como feas y pobres. Estos calificativos son resabios de la cultura europea que caló en forma negativa en la construcción de sus identidades.

Esta relación entre los referentes internos y externos está cruzada por elementos que estructuran la identidad de las personas y los grupos sociales en el

---

<sup>1</sup> Distrito 3 de la provincia de Cartago.

ámbito de lo local: la oposición con el (los) otro(s) (alteridad<sup>2</sup>); la autodefinición, es decir, la percepción que tienen de sí mismos; y por último, la perspectiva histórica como referente, en el discurso de las personas.

Tenemos entonces, que el conocimiento del proceso de construcción de la identidad cultural; se nos presenta en dos sentidos: primero, las personas se autodefinen y a su vez se identifican en oposición al otro como ya vimos; y segundo, se hace necesario reconocer que en esa construcción de sentido hay una serie de oposiciones en el manejo de los referentes culturales que se manifiestan en su discurso. Estas oposiciones reflejan el significado que tiene en el presente aquello que les perteneció, o bien el sentido que está adquiriendo lo nuevo que ingresa a las localidades. Un ejemplo de esta oposición es cuando las personas dicen: "antes aquí todo era muy tranquilo y muy bonito pero ahora se vive mejor".

En esta línea, como bien dice A. Gravano, hay que tomar en consideración que, dentro de cada uno de los elementos que estructuran la identidad, se expresan las oposiciones suscitadas en la vida cotidiana:

"... los valores no se dan aislados. Forman una estructura que está en constante movimiento, como una especie de constelación compuesta por ejes de oposición de cada valor que 'giran' alrededor de un eje central..." (1988: 138).

Muchos de los planteamientos de otros autores sobre la cuestión de la identidad solo contemplan la visión de la "otredad", pero no la compleja trama de relaciones que se tejen a partir de las oposiciones de sentido, en cada uno de los elementos mencionados anteriormente.

Estas construcciones de sentido no necesariamente tienen que reflejar hechos reales, y por esto precisamente es que para entenderlas, nos tenemos que introducir en el análisis de las contradicciones presentes en el discurso de los actores sociales. Es decir, conocer y comprender cómo las personas usan esos referentes que no necesariamente coinciden con la realidad, pero que reflejan cuál es la posición que como grupo mantienen frente a otros.

En resumen podemos decir que la reconstrucción de la identidad cultural se da en el ámbito de la vida cotidiana a partir del uso que las personas dan a los referentes culturales en las relaciones sociales. Estos referentes han sido contruidos en distintos momentos de la vida de las personas y de las comunidades, y son traídos al presente por medio de lo que A. Giddens llama

---

<sup>2</sup> Maritza Montero define alter como: "Identidad social de alter", siendo alter equivalente a individuos o colectividades de otra cultura, etnia, religión, clase social, sexo opuesto, etc. (ob.cit; 1987: 170)

tiempo reversible; esto quiere decir que los referentes del pasado lejano, el cercano, el presente y sus proyecciones a futuro, se combinan para construir y reconstruir la identidad cultural. (1990: 279)

La trama de las relaciones sociales se estructura en esa pugna por validar los referentes culturales que dan sentido a las acciones cotidianas que realizan las personas, y que las lleva a consolidarse como grupos que comparten ese interés por hacer valer lo propio. Es decir se identifican a sí mismos como parte del grupo con quienes comparten los mismos referentes, lo que les permite a su vez distinguirse de los "otros".

En estas disputas, enmarcadas por las relaciones de poder, las personas, los grupos o los pueblos se trazan un proyecto en el que expresan las distintas identidades creadas en distintos tiempos.

Los cambios que la modernización propicia y acarrea, hacen que las personas recurran en un constante proceso a sus referentes culturales de identificación, para adaptar lo nuevo a su mundo, a su vida cotidiana, y de esta forma recrear su identidad.